

## Cuentos del paraíso de las islas

08

### 01 Los hijos del agobio

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 05/03/2023  
Número de páginas: 22  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

# Cuentos del paraíso de las islas

08

## 01 Los hijos del agobio

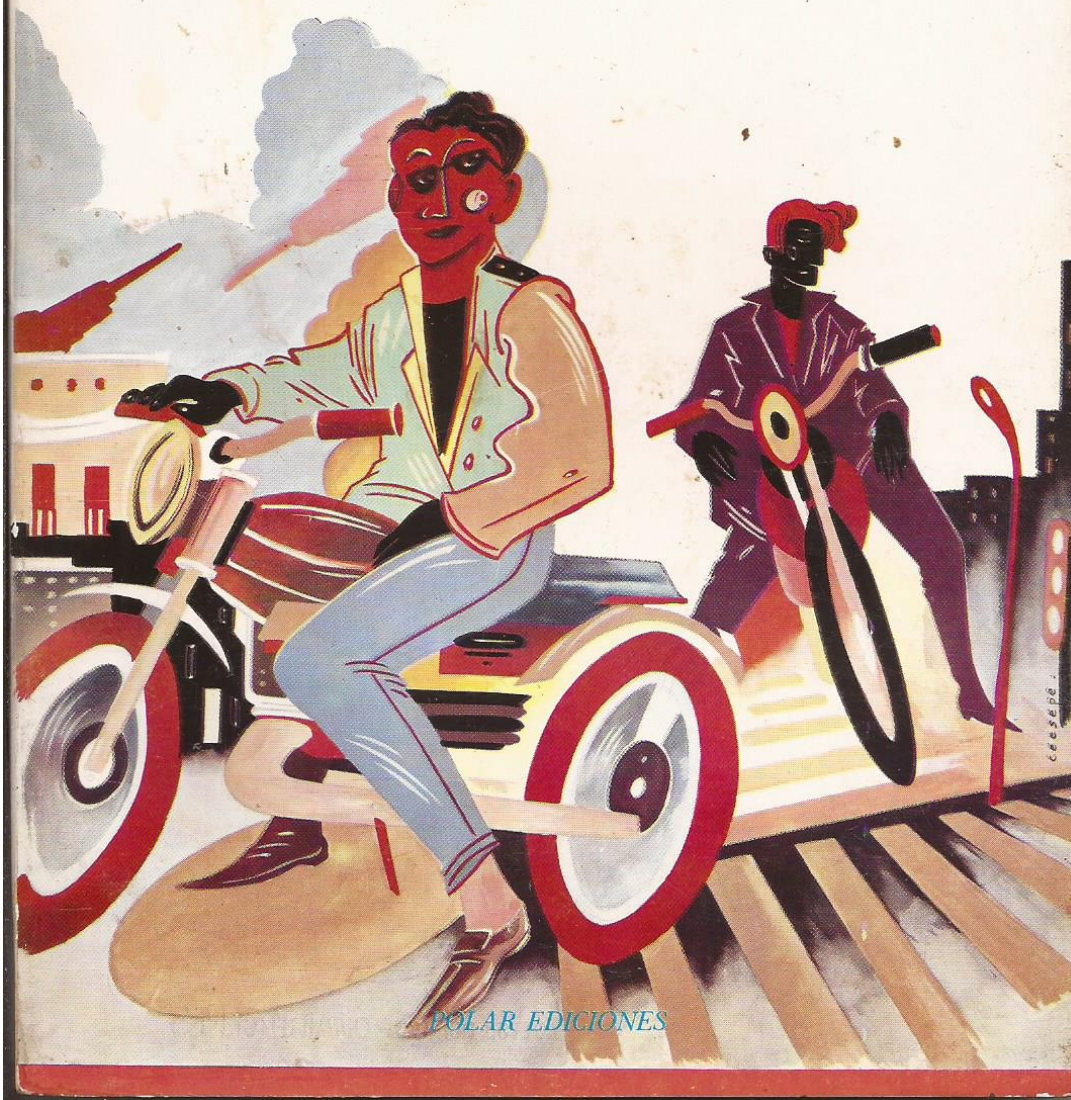
“Los hijos del agobio” fueron publicados en 1984 por la editorial Polar de Madrid, al ganar el premio Café Gijón de novela corta de ese año. Su tiempo literario es algo inconcreto, tal vez en torno a la muerte de Gina Manfredi en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas, una por cada capítulo del relato, más otra con el final, con una nota del amanuense que redactó la historia; años después de su redacción, algunos investigadores creyeron que el redactor podría ser uno de los personajes mismos de la historia, el Yoniyón:

8-1, 8-2, 8-3, 8-4, 8-5, 8-6, 8-7 y 8-8

PREMIO CAFE GIJON 1984

EMILIO SOLA

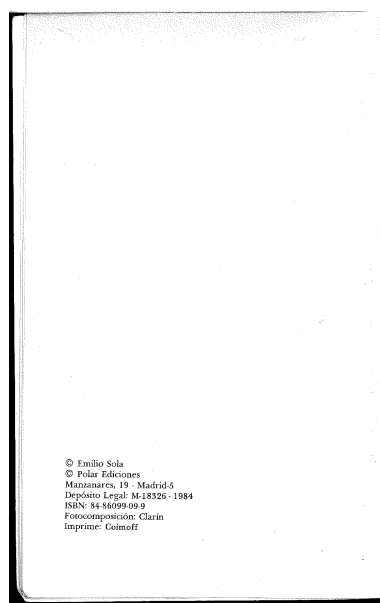
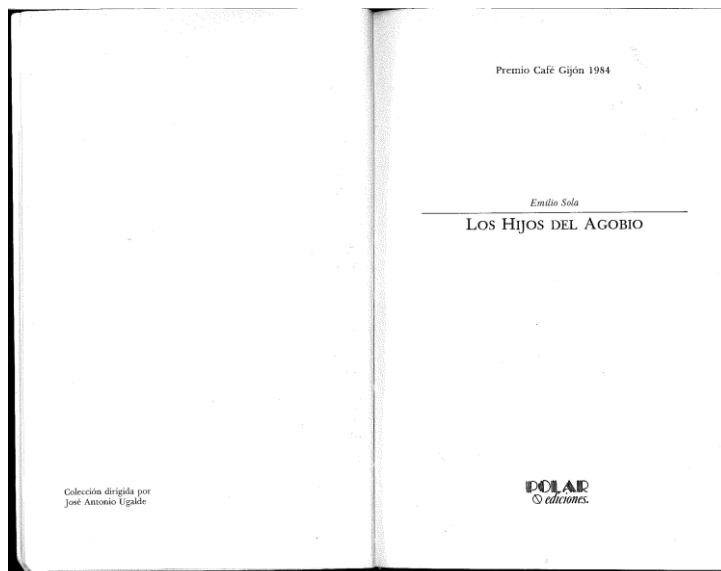
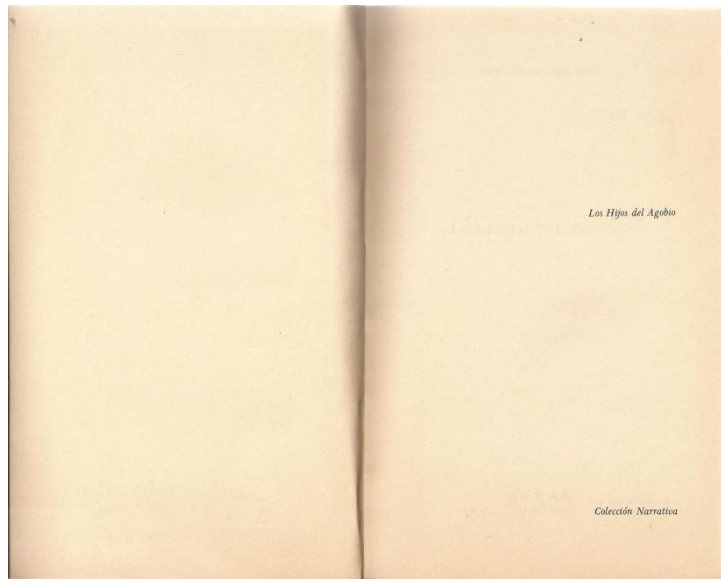
# Los Hijos del Agobio



*Tras la Gran Guerra y la muerte de Juan Bravo, presidente de la Confederación Centro-Sur, surge lo que dieron en llamar «el paraíso de las islas» sobre los restos de la dicha Confederación. Muchos «amanuenses» —así decidieron autodenominarse— están redactando historias de ese paraíso de las islas; ésta es una de ellas.*

POLAR EDICIONES  
COLECCION NARRATIVA





## CAPITULO I

Llegó una delegación de los hijos del agobio en moto, tres máquinas poderosas en total, de cinco personas. El que parecía el jefe, un chaval que luego resultó chavala, pelo flameante de jenna, ajustado pantalón de cuero negro muy ajado y un aparatoso braguero rojo —que luego explicaría que usaba normalmente en viajes largos y le hacía sentirse más ceñida a sí misma y a la moto—, gafas tipo de soldador y chaquetón de piel de borrego natural, pura lana virgen o lo que fuera de largos mechones que un día lejano fueran blancos, saltó de la moto flanqueada por sus cuatro compañeros que, de a dos en las otras dos motos, las aparcaron convenientemente en la explanada frente a la casa. Pablito el Zurdo salía en aquel momento de la dicha y él fue el que tuvo que recibirles. Acababa de llegar para quince días de estancia con la misión de preparar un informe sobre plantas trepadoras, pero conocía de anteriores ocasiones la casa del naranjal y se sentía allí como en la suya propia; había oído hablar de los grupos de hijos del agobio, multitud de historias corrían sobre ellos, pero era la primera vez en su vida que se los encontraba frente a frente y, de momento, no asoció en absoluto aquel quinteto con los tales. Sólo se sorprendió un tanto de la dureza de su manera de expresarse.

—Tú, ¿anda por ahí el viejo? —le dijo al jefe, que luego resultara ser jefa—. Queremos hablarle.

—Creo que está en la casa de la computadora —y Pablito se acercó a la moto más cercana, plateada y roja, brillante a pesar del barro y los desconchones cuidadosamente repintados—. Al final de la tarde estará aquí seguro.

Nunca había visto tan de cerca un aparato así de llamativo y extravagante; casi ni prestó atención a los recién llegados —su aspecto no era muy diferente de otras gentes con las que se había cruzado o convivido—, fascinado por las raras pegatinas multicolores, en especial por dos ojos bizcos en pleno depósito de gasolina que al acercarse descubrió de fiero tigre de abiertas fauces que parecía hasta en relieve; hizo un gesto instintivo para pasar sus dedos por aquella superficie multicolor, pero uno de los chavales le cogió la muñeca antes de que los dedos rozaran la máquina.

—No me la toques, oyes, que me la excitas —dijo con voz ronca y tono fanfarrón, de pocos amigos, de erres arrastradas.

Pablito el Zurdo se dio cuenta repentinamente de que aquella gente era gente especial, no comunera, y se sintió desconcertado. Se zafó con suavidad de la garra del chaval y le miró a los ojos con los suyos muy abiertos.

—¡Parece un tigre en relieve!

—Se llama Mefistófeles y es un retrato fiel de la bestia que llevo dentro, chaval —le dijo el otro con tono chulo, pero calmado.

Hubo un silencio; los cinco le casi rodearon, impertinentes en su recorrerle el cuerpo con la mirada; uno de ellos, que parecía chica, todo vestido de amarillo y el pelo rubio más que cortado acuchillado, se tendió largo como era sobre una de las motos, el mentón en la cruz del manillar, las manos en la nuca, el pecho sobre el abombado del depósito de gasolina, entre sus muslos amarillos apretado el cilindro muelle del sillín corrido de cuero rojo.

—A mí me da que este mec es un juiya —dijo el amarillo.

—Pues a mí me da que un jai —dijo el segundo, gigantón moreno y peludo, aunque de no demasiada edad, vestido de mono enterizo, diríase de camuflaje, y un collar de cadenitas

que en contraste con lo desmesurado de su cuerpo era casi enternecedor.

—O un jipi —terció una chica bajita pero de tetamen respetable malamente contenido por una camiseta de malla verde, voz atiplada y pelo castaño recogido en cuatro quiquis.

Pablito el Zurdo los escuchaba boquiabierto y sin pestañear. No era lenguaje hermético para él el que utilizaban, pues mec, tipo, era muy usado, y lo mismo juiya y jai, hermano y amigo, o jipi, antigua palabra que no sabía bien qué quería decir, pero algo dulce. Optó por presentarse.

—Acabo de llegar, como vosotros, y ahora mismo iba a darme un baño a la playa. Si queréis podéis venir conmigo mientras esperáis al Antiguo.

—¿Habéis oído? ¡No es alérgico al agua! —era el gigantón de las cadenitas el que hablaba a sus compañeros, paseando por delante de Pablito gesticulante—. ¡Se baña, Colocado! ¡Se mete en el agua hasta los güebos y se baña, Colocado! —y el tal Colocado, que era el que había impedido que Pablito acariciara el tigre de su moto, contenía la risa y procuraba mirar para otra parte—. ¿Tú sabes, muchachuelo, que si a este colega le meten en el agua chilla y muerde como una rata? ¡Nos tomas por una mierda! —y al decir esto el grandullón había acercado su nariz hasta casi tocar la del Pablito que, para mirarle, había tenido que echar atrás la cabeza.

Reaccionó:

—Oye, chico, dile a éste que si quiere bañarse, que se bañe. Y, si no, que se enrolle con la arena o que haga saltos en la moto... —y Pablito se dirigía a quien parecía el jefe.

—Tío, que no soy tío, que soy tía, ¿ves? —y la chica del pelo y el braguero colorados se abrió la zamarra de pelo de oveja natural y mostró una teta que, aunque mínima expresión, era teta—. ¡A ver si te fijas bien antes de hablar!

—Perdona —se disculpó Pablito.

Al que llamaban Colocado se adelantó unos pasos y, apoyado en el hombro del más fuerte, se encaró con el asediado Pablito.



—¿Cómo se te ocurre invitar a un baño a los hijos del agobio? ¡Eres muy poco inteligente! ¿O tal vez nos estás provocando?

Pablito se echó a reír, todo al fin aclarado, y se dirigió a la chica jefa. Su risueñez chocaba con la seriedad de los otros.

—Me llamo Pablito el Zurdo y estoy contento de haberos conocido. No conocía a ningún hijo del agobio todavía.

El gigantón se adelantó, tras hacer a un lado con brusquedad a Colocado, y se interpuso entre Pablito y la chica jefa, otra vez su nariz casi rozando el pelo del Zurdo que echaba atrás la cabeza y resistía su mirada.

—¿Tú te llamas el Zurdo?

—Sí.

—Pues yo Goliat el Diestro —y le dio una palmada en la espalda que, aunque sin duda amistosa, le hizo tambalear y hacer un gesto de descoloque—. ¡Buen tipo!

—¿Quejicoso? —dijo el amarillo desde la moto.

—No, pero Goliat es muy fuerte —se disculpó Pablito.

—Esta es Mata Maxa, la jefa hoy para parlamentar con vuestro viejo. Y ése Colocado, ésa Kakadín y aquél que está apalancado a la moto Yoniyón —presentó el Diestro con gesto amplio de su maza-mano.

Pablito, más aplomado y sonriente, agradeció los saludos con gesto de asentimiento y luego se acercó al amarillo Yoniyón y puso la cara a la altura de la del otro, aún el mentón en la cruz del manillar.

—Es bien bonita tu moto, Yoni, ¿me llevas a la playa en ella?

Yoniyón no cambió de postura, pero miró de reojo a sus compañeros y, luego, otra vez al Zurdo.

—¡No me llamo Yoni! ¡Me llamo Yoniyón! —hizo una pausa; Pablito se quedó en pie frente a él—. Estoy muy cómodo así. Dile a Kakadín que te lleve, si quiere. Es buena motorista.

Kakadín saltó rápida.

—¡Mierda! ¡Jipi! ¡Por qué no dices la verdad, ¿eh? —y diri-

giéndose furiosa al Zurdo—. ¡Se la está follando, ¿sabes? ¡Se pone cachondo perdido con su moto! ¡Es un cerdo fino de polla cromada!

Casi lloraba la chica y a Pablito le dio pena. Yoniyón seguía inmutable en su postura y los otros reían. Goliat el Diestro tomó a la chica Kakadín por la cintura y la acaballó en un vuelo a su nuca; la chiqui menudita de los cuatro quiquis le daba puñadas en la cabeza, le taloneaba el pecho y atenzaba el cuello del gigantón con sus muslitos verdes. Este no dejaba de reír y el Yoniyón seguía con su postura pero desenchajaba los ojos para ver a la enfurecida chica, medio sonrisa sacarrona. Pablito le dijo al Diestro:

—Oye, Diestro: deja a Kakadín que me lleve en moto a la playa. Si no la bajas de ahí encima no podrá llevarme.

La chica se había calmado. Miró a Pablito con ternura, desde lo alto redondas y espectaculares sus tetas bajo la malla de la camiseta verde.

—Si quieres, te llevo. Llámame Kaka.

Pero entonces Yoniyón se incorporó en la moto, la arrancó en un suspiro y se colocó al lado de Pablito.

—¡No, te llevo yo! ¡Arriba, rápido! —y a su titi—. ¡Kaka, lucha!

Todo fue rapidísimo. Kaka saltó de lo alto de Goliat el Diestro, arrancó la moto del tigre bizco que parecía en relieve, Pablito —tras un primer desconcierto— se apalancó en el sillín trasero de Yoniyón, el Diestro en el trasero de la de Kakadín, Yoniyón ya había salido con Pablito de paquete a toda hostia perseguido por una Kakadín frenética y diminuta que la maciza figura de Goliat parecía aplastar y entre un ruido ensordecedor y acelerado llegaron a la playa casi parejos. Kakadín había ganado, pero con sólo dos quiquis ilesos. Mata Maxa llegaba segundos después con Colocado de paquete y éste, nada más embarrancar en la playa, la arena casi a media rueda, saltó como un rayo de la moto de Mata Maxa y se arrodilló ante la del tigre bizco que Kakadín había dejado caída sobre la arena.

—¡Kaka de mierda! ¡Nunca aprenderás a tratar a una

moto! ¡Cerde fina!

Kakadín no le hacía ningún caso; celebraba la victoria encaramada en Goliat, esta vez no a su pesar, mientras Pablito consolaba a Yoniyón. Colocado levantó con dulzura la moto del tigre bizco y se esforzó en sacarla del arenal; Mata Maxa tuvo que echarle una mano para salvar el desnivel del desmonte, verdadero escalón, entre el camino que bordeaba la playa y ésta y, aún después de conseguir aupar el aparato, se preguntaba cómo habrían podido sin daño llevar a bien aquel salto.

—¡Teta, Colocado! ¡Somos unos motoristas teta de buenos! —decía la chica Mata Maxa desde lo alto del desmonte mientras veía abajo a los otros jugando en la arena.

Bajaron y les dijeron que era mejor dejar las motos arriba. Pablito les ayudó también a empujar para salvar el escalón. Luego, sudoroso, les dijo que se iba a bañar. Un poco más allá había varios grupos de bañistas.

—Tú, Zurdo, ¿pocas bien? —le preguntó Mata Maxa.

—Buceas, no pocas, ¡foca! —atajó el Colocado.

—¡Tú ni poza en tu barrio tenías, raca, calla! —replicó la otra.

Frente a frente, parecía que iban a atizarse. Pablito se hizo el desentendido y se quitó la ropa tranquilamente. Al poco el quinteto, ya menos excitado, alineados a respetable distancia de la arena lisa y húmeda en donde avanzaba y retrocedía sin descanso la línea inquieta de agua, frontera de la mar, en una única y repetida olita mediterránea que para los hijos del agobio —al parecer meseteños, de una gran ciudad del interior— era ola galérnica que moría en pantanos húmedos de arenas movedizas, miraban alelados el cuerpo blanco de Pablito el Zurdo, que se les antojaba ángel, que chapoteaba, corría, entraba y salía del azul o nadaba lejos; luego le dirían que en un momento determinado, su cabeza diminuta en ocasiones invisible por segundos, habían llegado a estar convencidos de que ya nunca más volvería a tierra, ahogado, tragado para siempre por las aguas. No reanudarían los juegos en la arena hasta que no vieron acercarse la

cabeza de aquel jai, al que descubrieron de repente que apreciaban mucho, y como para celebrar su no muerte o resurrección Goliat le atizó un mamporro a Yoniyón y éste —sabía que era festivo el golpe, pero le había hecho daño y no quería mostrarse quejicoso— para aprovechar el rebote se lanzó a los pies de Kakadín y la hizo caer de tetas en la arena entre los insultos de la muchacha —«Chapero andrajoso, manquicojo!»— y las risas de Mata Maxa y Colocado. Cuando vieron que a Pablito el Zurdo le llegaba el agua sólo hasta la cintura y seguía avanzando se sintieron aliviados y, en línea de nuevo, aplaudieron unánimes su regreso a tierra, a arena, mejor. A Colocado le extrañaba que no se hundieran sus pies en la capa lisa y húmeda de arena que tenían ante ellos.

—¡Ni puta de ciénagas tienes tú, Coloqueta! —le dijo Mata Maxa—. Una ciénaga no se ve así como así, está en selvas y en lugares ocultos.

El sol, a un par de horas del ocaso, hacía brillar el cuerpo desnudo de Pablito el Zurdo, que jadeaba allí de pie ante ellos. Kakadín se acercó y le lamió el antebrazo.

—Estás todo mojado y salado, ¿no te duele? —le dijo.

—No.

—¡Anda allá! —y Yoniyón le dio un empujón a la chiqui de los quiquis—. ¿Te duele a ti cuando sudas? —y se quedaron frente a frente a punto para el salto.

—¡No es lo mismo, tío! El sudor me sale del cuerpo, no me lo echan encima —estaba fiero.

—¡Y qué! ¿Te duele cuando te meo? —también se mostraba fiero Yoniyón.

—¡No! ¡Me gusta! —los ojos de Kakadín mataban, sus puños crispados ya para el golpe—. Pero tú no meas tanto líquido como hay ahí y además meas amarillo, no azul, ¡comadreja!

Y saltó la Kaka y le arreó una hostia en el cuello a Yoniyón, junto a la oreja izquierda, con el puño cerrado, y éste le metió el pie en zancadilla cuando la chica saltó, y ésta cayó en tierra, en arena mejor. Iba a rematar el golpe Yoniyón con una patada en las tetas o en el estómago o en donde la pillara, pero la Mata Maxa intervino rápida, le dio

un empujón al Yoniyón y le hizo caer a los pies de Goliat, que le levantó en vilo y se lo echó al hombro como un saco. El Pablito flipaba. Recogió su ropa.

—¿Siempre os lo montáis así? —le dijo a Colocado.

—¿Cómo?

—Pues así, a tortas.

—¡Psé!, a veces, cuando nos aburrimos o para no amuermarnos. Es sano.

En éstas estaban cuando llegó un mensajero de la casa, una chica muy arreglada con una gran pabela blanca; saludó en general y a Pablito le dio tres besos en las mejillas con intercalados «Hola, Pablito», uno, «cómo estás», dos, «Bien, Chantal», tres, «¿y tú?», en cuatro tiempos de voz. Mata Maxa le arreó un codazo a Goliat, «mira, Diestro, se besan sin follar», y Goliat descargó a Yoniyón, ya calmo. La chica Chantal venía a decirles que el Antiguo se había enterado de que estaban allí y los esperaba. Y que bienvenidos.

—Díselo a ésta, que es la jefa —apuntó Colocado, señalando a Mata Maxa.

—El Antiguo os da la bienvenida y os espera. Dice que si queréis podéis quedaros a cenar y, si procuráis no organizar bronca, también a dormir —y la chica de la pabela gesticulaba como una cursi.

Kakadín se levantó, se sacudió la arena de las nalgas redondas y con la mano izquierda a la cintura y la derecha como si se abanicara con invisible paipai, imitando el tono de Chantal, dijo mientras avanzaba hacia ella:

—Si procuráis no organizar bronca, también a dormir —y cambió de tono—. ¿Quién se cree el viejo que es, ¿eh? Somos gente educada y elegante, tía, como tú, o qué, ¿eh? Gente motorizada, tía, no como otros pobretones que mucho sombrero y qué, ¿eh? Si hay que organizar, pues se organiza bronca, y si no, no.

—¡Calla, Kaka! —y la Mata Maxa le arreó un empujón que le descolocó la postura chula—. Hemos venido a parlamentar, no a pelear.

—¡Bueno, y qué! —saltó la de los quiquis—. Si el viejo me

quiere tocar las tetas y me va, pues vale. Pero si no me va y me quiere tocar el culo, pues el rompo la jeta, ¿ves? No se sabe si sí o si no, ¿no? -y Kakadín estaba ya preparando salto.

Goliat se impacientó.

-Kaka: al viejo le conocemos y es chachi, icállate!

Pablito le había dicho algo a Chantal bajito que Kakadín no había llegado a oír, y esto terminó de ponerla frenética. Se encaró con el Diestro.

-¡Pues por qué esta tía puta fina dice lo de la bronca, ¿eh?

Y el Goliat, para evitar mayores, se trincó a la titi de los quiquis y se la metió bajo el brazo con toda tranquilidad, impertérrito al pataleo y los puñetazos que la Kaka -atenazada la cintura por el brazo y el antebrazo del grandullón, sus piernas y el culote redondo por delante de él- le repartía por espalda y posaderas desteñidas y peladas -como culo de mandril- de su calzón de camuflaje.

-¿Vamos? -dijo el Diestro.

-Vamos ya -dijo la Mata Maxa.

Y subieron hasta donde estaban las motos, Kakadín calmada ya.

A Kakadín no la dejaron manejar y tuvo que ir de paquete del Diestro. Colocado se acomodó en la moto del tigre bizco con Yoniyón de paquete. Chantal dijo que ella prefería pasear y no quiso subir con Mata Maxa, con lo que fue Pablito sólo con la jefa. El naranjal se llenó de ruidos de máquinas y polvaredas de trecho en trecho que brillaban doradas o rojizas bajo el sol ya débil. Dejaron llegar primero a la jefa con Pablito a la esplanada de la casa, las otras dos motos flanqueándola desde unos metros atrás. El Antiguo estaba a la baranda de la azotea y les saludaba.

-¡Hola, viejo! -correspondió Mata Maxa.

-¡Salud, amigos! -respondió desde arriba Borondón.

Les dijo que subieran a la azotea, que allí estarían más frescos, y Pablito el Zurdo se brindó a acompañarlos hasta allá. Colocado se inquietó por las motos y quería quedarse,

pero Mata Maxa y Pablito le convencieron de que mientras estuvieran en la casa del naranjal estaban a seguro; no parecía muy convencido, pero les siguió. No conocían la casa por dentro; los únicos que habían estado con el Antiguo, a raíz de su llegada a la costa dos semanas atrás y con carta de unos tipos de su ciudad del interior, eran Mata Maxa y Goliat, en una entrevista tras la que el viejo les había dado otra carta —leche de cartitas!— para que otro tipo les diera trabajo a alguno de ellos —eran quince, cuatro titis y once machos, y nueve motos—, como sucedió; el Colocado y otros dos llevaban semana y media en unas obras, a alguno de los demás le caía una chapuza de vez en cuando, sobre todo al Biela, y con eso tiraban chachi. Pero la casa no la conocían por dentro porque habían charlado con el viejo en la explanada misma. El salón de la planta baja estaba lleno de libros desde el suelo hasta el techo, y montones de cajones por allí dejaban adivinar más libros aún.

—¡Jo, esto parece una escuela! —se admiró Yoniyón.

—¡Qué sabrás tú de escuelas! —y el Goliat, sabio él, le golpeó amistoso en la espalda—. Lo que parece es una tienda de libros.

—Es una parte de la biblioteca del Antiguo. Toda la casa está llena —aclaró el Zurdo.

—¿Y se los ha leído todos? —preguntó Mata Maxa un tanto impresionada.

—No lo sé. Pero la gente sí —continuó Pablito—. Yo tengo que ver una docena de estos libros que tratan sobre plantas trepadoras para llevar un informe a mi casa; los miro y luego fotocopio algún capítulo y saco notas y tal.

—Aquí la que lee es la Mata, que de vez en cuando nos lee comics —explicaba, educado, Goliat el Diestro al chico—. Yo leo mal y despacio, y se me cansa la vista y me mareo.

—Un comic se puede tragar, pero un libraco de éstos... —comentaba como para sí la Mata Maxa, que había tomado uno al azar de un montón y lo hojeaba.

Subieron por la gran escalera del fondo del salón a la planta primera; ya estaba allí la Kakadín; asomada a una de

las ventanas le hacía gestos ridículos y obscenos a alguien que resultó ser Chantal, la chica de la pamea, que llegaba a la explanada de frente a la casa. Yoniyón le llamó borde y el Pablito se reía. Había muchos más libros. Mientras subían a la azotea, la Kakadín se le agarró del brazo a Pablito.

—¿Por qué te llaman el Zurdo? —le preguntó.

—Porque soy zurdo. Como y escribo y lo hago todo con la mano izquierda.

—Y las pajas, ¿qué? ¿También te la cascás con la zurda? —le espetó la titi de los quiquis.

Los demás rieron la ocurrencia de la Kaka. Yoniyón farfullaba «borde la tía» y Pablito respondió muy serio.

—La verdad, no lo sé. No me hago muchas.

—¡Anda allá! —dijo al Kakadín; se le soltó del brazo y corrió hasta lo alto de la escalera, terraza ya; desde allí se volvió y siguió con la carga—. ¡A otra con la historia de que no te la meneas!

El Zurdo se había tomado muy a pecho el tema y se esforzaba por explicarse con la Kaka. Antes aún de llegar a la terraza había comenzado el discurso.

—Yo no he dicho eso, chica. No es que no me la menee sino que me la meneo poco.

Habían llegado todos arriba, a media luz la terraza, Borondón al fondo con una copa de vino, salvo Yoniyón —un poco mosca—, los demás son cachondeo. Siguió Pablito bajo la mirada de guasa de la Kaka.

—En la casa en donde vivo ahora estoy normalmente con una chica sola que se llama Estrellita y nos lo hacemos bien, así que hace mucho que no me la casco.

—Y aquí, ¿qué? —insistió la Kaka con coña—. Aquí no está tu titi.

—Eres la leche, Kaka. Aquí llevo un día; acabo de llegar y no me he planteado la cosa.

—¿No te enrolla esa puta cursi del sombrero? —machacaba la Kaka.

—¿Chantal? ¡Qué va! Además, está con uno.

—¿Ves? ¡Tiene maromo! —y su tono era triunfal—. ¡Tendrás



que hacerte pajas!

—Eres tozuda, tú. Hay otras chicas, ¿no? —y Pablito se sintió desmoralizado, abatido por tanta machaconería de Kaka-dín—. Además, no es tan importante y puedo pasarme varios días sin sexo. Es normal.

El grupo, ya con Borondón en una de las esquinas de la terraza en donde había un velador y varias sillas, observaban a los dos rezagados y le explicaban al Antiguo lo que pasaba.

—Se lo está ligando —decía Mata Maxa.

—¡La gran puta! —farfullaba Yoniyón, mosqueado y celosillo como casi siempre.

—Es una viciosa la Kaka, ¿sabe usted? —aclaraba Goliat el Diestro, que esa tarde iba de sabio y aplomado.

Y Borbodón reía.

—¿Y yo no te voy, tío? —le decía ahora la Kaka, parándose de nuevo, en jarras, mirada y sonrisa pícaras, entre un Pablito el Zurdo derrotado y el grupo que los miraba.

—Estás muy buena, Kaka; tienes un cuerpo muy bonito.

Y la chica se rio y corrió hacia donde estaban sus colegas.

—¡Putón! —le dijo Yoniyón, como bienvenida, torvo, y ella le sacó la lengua.

—¡Comecocos! —le dijo la Mata Maxa.

Cuando llegó Pablito, Borondón sonriente le echó un brazo al hombro.

—No te dejes comer la moral, muchacho. Seguro que termináis buenos amigos.

El Antiguo les invitó a sentarse. Solos Pablito el Zurdo —que hizo ademán de irse pero todos le dijeron que se quedara, que no iban a tratar asuntos secretos y que, además, él era un tipo legal— y Goliat el Diestro se quedaron en pie, aculados a la baranda de balaustres. Los demás se arrellanaron en las sillas de hierro con cojines como si de poltronas se tratara, la Kaka y el Yoniyón despatarrados, éste le había dado una patada en la espinilla, así al biés, al sentarse, la otra había querido saltarle encima, el Goliat le había sujetado antes de ganar su sitio, la Mata le había lanzado una mi-

rada de las que matan, todo quedó como estaba. Chantal había subido a la terraza por si querían algo, Borondón le dijo que le trajera una botella de vino para él, los otros dijeron que si había cerveza fría como el hielo.

—¿Habéis bebido mucho hoy? —preguntó el Antiguo a la jefa.

—Ayer nos fundimos casi toda la pasta. Hoy andamos a agua —respondió.

—Mejor —comentó el viejo—. Si queréis os preparamos un porro para charlar.

—¡Anda allá! ¡Qué te crees que somos! —protestó la Kaka sin cambiar de postura.

—A mí me mola más cerveza bien fría, viejo —terció el Diestro, sus brazos cruzados al pecho, las cadenas invisibles.

—Como queráis. Lo decía sólo porque el porro, si no habéis bebido alcohol antes, tranquiliza y facilita la charla.

—¡Joder, qué manía! —volvió a protestar la titi de los quiquis—. ¿No nos ve ya bien tirados? ¡O quiere que andemos a gatas y pongamos el culo!

El Yoniyón le arreó otra patada ladeada en la espinilla y esta vez la Kakadín se la devolvió, aunque no hubo más. Borondón reía y le dijo a Chantal que trajera cervezas bien frías para todos y vino; y que encendiera al bajar las luces de la azotea. Si alguien preguntaba por él, que le esperara; si era urgente, que subiera a la terraza. Del teléfono, que dejaran recado.

—¡Mucho rollo! —murmuraba la Kakadín.

Mata Maxa se cabreó.

—¡A esta tía no se la puede llevar de visita! ¡Joder, qué borde es! —parecía dirigirse a todos, ante la mirada divertida del viejo; luego se encaró con la Kakadín—. ¡O cierras el pico, o te largas donde las motos, tía!

—Es mejor que esté aquí que por ahí montando cristos —dijo Yoniyón, y Goliat asentía.

Colocado se reía por lo bajo y le hizo un guiño al Antiguo. Kakadín estaba enfurruñada y callada como un muerto.

A Borondón se le ocurrió que muy bien el Zurdo podía acompañar a la chiquilla –así le dijo, «chiquilla», y a la Kaka se le alegró la pestaña– por el naranjal; podía enseñarle los ensayos de cultivos y las obras del pabellón de las agrícolas, como se decía, y la zona de acampadas en donde tal vez encontrarán colegas simpáticos. Pablito el Zurdo no parecía muy animado, pero al final –el Diestro contribuyó con un achuchón– se animó. Salieron la titi de los quiquis –su culito verde retozón– y el Pablito; el grupo pareció respirar con más ánimos.

–Bien, chavales –comenzó el Antigo–. ¿Qué tal por la costa?

Tirando; poca pasta y un poco borde la poli, pero pasaban. En la ciudad buenos bares pero demasiado turista; curraba alguno. Querían abrirse pronto porque cada día había algo, algunos del grupo estaban ya nerviosos, la ciudad no era lo suficiente grande y estaban un poco vistos. Les habían hablado bien de lo del Eulogio, no lejos hacia el sur.

–Ayer mismo, la radio casete que quedaba sana se jodió –aclaró Goliat que, al fin, se había sentado.

–Sin música y sin pasta para pasar la noche donde la hay, es un muermo la acampada –terció Yoniyón.

Chantal llegó con la botella de vino y las cervezas; por la escalera Kakadín le había cogido dos botellas. Frías como el hielo.

–Es una chica muy impulsiva –comentó Chantal, delicada ella, aún con la pamea blanca, Mata Maxa se preguntaba por qué si ya no hacía sol.

Hasta que no desapareció Chantal nadie reinició la conversación. Mata Maxa, como jefa para aquella entrevista, le dijo al Antigo que querían salir inmediatamente, que lo del trabajo de los tres colegas estaba bien, pero pagaban una miseria y no había curre para más de tres –Colocado, uno de los tres, asentía mudo–, que salían a dos broncas diarias con la poli y a otras dos al menos con otras bascas cada vez que se lo hacían de ciudad, que al puerto no podían pasar ya porque tenían cuatro o cinco bandas enemigas que se las te-

nían juradas y que no es que estuvieran derrotados, pero no se encontraban en terreno propio, y llevaban más días últimamente de acampada en descampado que de chachi por la ciudad.

—Ayer la Mata fue la reina de la noche con el látigo en el distrito tres, pero terminamos mal —dijo Yoniyón, y, alzándose la camiseta amarilla, mostró al Antiguo su costado lleno de moratones.

El sábado pagaban en el tajo pero, si podían, se largaban antes. El único problema era la gasolina. Con el depósito lleno tenían para llegar a lo del Eulogio justo. Luego, allí, ya se apañarían. Borondón les dijo que por lo de la gasolina que no se preocuparan, que abajo les llenarían el depósito y que luego en lo del Eulogio la Mata Maxa se encargara de dejar la correspondencia para los grupos como mejor gustara; luego los animó para que esperaran hasta el sábado para salir más tranquilos. No se les veía muy animado pero —cuatro días— no era tanto tiempo. Lo malo era lo de la música. El viejo sonrió. Se habían ventilado las cervezas como si fuera agua. Salvo el vaso de Borondón, ninguno había sido tocado. No se quedaban porque los colegas les esperaban cerca de allí; aceptaron llevarse algunas latas de conservas y cerveza y un queso.

—Una de las colegas se pirra por el queso —comentó Goliat.

El Antiguo se despidió; tenía recados de teléfono y le esperaban, dijo la Chantal, aún con la pabela. Y bajaron de nueva a la explanada, noche cerrada ya, luna más que cuarto creciente. Estaba bastante animada de gente a aquellas horas; preparaban la cena. Uno de los que andaba por allí les llevó hasta donde la gasolina y llenó los depósitos; quedaron en que por la noche vendrían con las otras seis motos. Otro les dijo que Pablito el Zurdo y la chica de los quiquis se habían ido hacia la playa y hacia allá enfilaron. A medio camino entre la explanada y la playa la Kaka saltó al centro del camino iluminado por el faro de Mata Maxa con los brazos abiertos y las tres motos tuvieron que frenar brusco. La

chica saltó y se encabalgó de paquete en la moto de Yoniyón.

—¡Bay, soso! —saludó a un Pablito casi invisible en la sombra, y arrancaron.

—¿Follásteis? —le preguntó Yoniyón.

—¡A ti qué te importa! —contestó la otra, abrazada a su cintura.

—¡Calientapollas! —murmuró Yoniyón.

En la azotea de la casa del naranjal la chica Chantal le pasaba al Antiguo los recados recibidos por teléfono, ninguna de gran urgencia.

—Esos chicos acabarán mal —comentó Chantal.

El Babilónico se quedó unos segundos pensativos. Luego añadió, sentencioso:

—Si algo puro queda en este mundo, ellos son —y miró a Chantal, que parecía no comprender—. El día que lo comprendas serás vieja como yo. O sabia.

**Sigue en 08-02-Los hijos del agobio**